

CHE GUEVARA

**VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN
DE UN MITO**

REGINALDO USTARIZ ARZE



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Che Guevara. Vida, muerte y resurrección de un mito
Autor: © Reginaldo Ustariz Arze

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Murray
Diseño y realización del interior: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-415-1
Fecha de publicación: Noviembre 2007

Printed in Spain
Imprime: Gráfica Díaz Tuduri S.L.
Depósito Legal:

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
NOTA DEL AUTOR.....	11
DE ERNESTO AL CHE	17
EL CHE Y SU ASMA	37
BOLIVIA, PERÚ Y GUATEMALA.....	51
EL VIAJE A MÉXICO	67
EL GRANMA	79
ALEGRÍA DE PÍO.....	89
VENCER O MORIR.....	105
COMANDANTE CHE GUEVARA.....	121
EL CHE Y LA CABAÑA.....	149
EL SER HUMANO MÁS COMPLETO DE NUESTRA ERA	163

LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DEL CHE	201
¿QUIÉN, CUÁNDO, CÓMO Y DÓNDE?.....	215
ÑANCAHUAZÚ.....	227
PRIMEROS COMBATES	249
CASUALIDADES Y TRAICIONES	261
EMBOSCADA DE VADO DEL YESO	283
COMBATE DEL CHURO.....	303
CAUSAS DE LA DERROTA	357
ÚLTIMAS HORAS	379
LA VERDAD ENTRE LAS MENTIRAS	401
LA MASCARILLA Y LAS MANOS DEL CHE.....	421
EL CHE, EL MITO	429
BIBLIOGRAFÍA.....	441

PRÓLOGO

Este libro es una obra magnífica. Escrito por el médico y periodista Reginaldo Ustariz Arze, boliviano radicado hace años en el Brasil, expresa el punto de vista de uno de los raros testigos que se encontraban próximos al cadáver del Che, en Vallegrande, poco después de haber sido asesinado por el Ejército de Bolivia, monitoreado por agentes de la CIA de los Estados Unidos.

Durante muchos años Reginaldo Ustariz Arze ha realizado una exhaustiva investigación. Ha entrevistado a innumerables personas, que directa o indirectamente, estuvieron envueltos con la gesta del Che Guevara. Completo el trabajo, además, lo enriquece de modo notable con un acervo fotográfico de inestimable valor como son, principalmente, las fotos del Che muerto en la escuela primaria de La Higuera. Atrás del cuerpo del héroe argentino-cubano se encuentra el doctor Reginaldo Ustariz Arze, que logró que los militares retiren a su víctima famosa de dentro de una sala, de modo que, ante la falta de flash, el autor pudiese ser fotografiado a la luz del sol junto al Che.

Transcurrieron 40 años desde que Ernesto Che Guevara cerró, a los 38 años de edad, su heroica carrera de guerrillero. Y, sin embargo, él permanece “resurrecto”, vivo, como paradigma de aquellos que comulgan con la utopía libertaria. Jean Paul Sarte —que iba acompañado de Simone de Beauvoir—, conoció al Che en Cuba y lo consideró “el ser humano más completo de nuestra era”. Y no faltan aquellos que, aún hoy, lo ven como ejemplo del Hombre Nuevo del ideario socialista.

Los tiempos cambiaron. La Revolución Sandinista fracasó. La guerrilla salvadoreña feneció y la de Colombia se zambulló en un atolladero de discutibles operaciones de sobrevivencia, como secuestros de inocentes, habiendo perdido de vista por completo sus objetivos iniciales. Se cerró el ciclo de la dictaduras militares en la América Latina, y los caudillos pierden cada vez más apoyo y prestigio. Sin embargo, en nuestro Continente se vive una primavera democrática.

Si hoy la coyuntura es otra y ya no hay lugar para la lucha armada, no es por eso que el ideario encarnado por el Che Guevara pierda actualidad. El proceso de globo-colonización profundiza las desigualdades mundiales. Tan solo cuatro ciudadanos de los Estados Unidos poseen una fortuna superior a la suma de las riquezas de 42 naciones del mundo, con 600 millones de habitantes. En América Latina, 400 mil niños, con edad inferior a cinco años, mueren de desnutrición por año. En Brasil, los 10 % más ricos de la población dividen entre sí el 47 % de la riqueza nacional; mientras en la otra punta, los 10 % más pobres quedan con apenas el 0,17 % de la riqueza nacional.

El mundo y América Latina exigen su liberación. Caso contrario, nos dirigiremos todos hacia la barbarie. La figura ejemplar del Che es un aliento a todos aquellos que aún creen en la fuerza de la esperanza. El mundo puede y debe ser diferente. “Otro mundo es posible”. Y la diferencia será marcada por el día en que, como previó el profeta Isaías, hace 2600 años, la paz sea hija de la justicia. Solo así saldremos adelante, tejiendo los vínculos de la globalización de la solidaridad.

Empuñar las armas no es lo más importante del ejemplo y de la herencia del Che. Como atestigua esta obra, hay que resaltar su internacionalismo, su amor y dedicación a los mineros de Chile, a los enfermos del mal de Hansen en el Perú y de Guatemala, a los enfermos de México, a los campesinos de la Sierra Maestra... En fin, hay en la vida del Che, un acentuado evangelismo de quien se despojó de todo, hasta de su propia vida, para que otros tuviesen una vida de plenitud.

Infeliz el país que requiere de héroes, decía Brecht. Pero más infeliz aún, podemos decir, de aquel pueblo que tiene como héroes a figuras fútiles del entretenimiento y de la opulencia. Es en ese vacío de paradigmas y horizontes libertarios, donde nuestros ojos son aún ofuscados por el polvo levantado por la caída del Muro de Berlín. Resucitar al Che, como hace el doctor Reginaldo Ustariz Arze, es prestar un servicio a la esperanza de justicia y paz. Es hacernos creer que el ser humano es un proyecto viable siempre que esté imbuido, como proclamó el Che Guevara, de “fuertes sentimientos de amor”.

Frei Betto

NOTA DEL AUTOR

El año 1967, cuando cumplía funciones de médico provincial en Comarapa (cantón situado aproximadamente a 80 kilómetros de Vallegrande) era simultáneamente columnista del periódico *Prensa Libre*. En el momento en que estalló la guerra de guerrillas en Bolivia, el 23 marzo del mismo año, resolví trasladarme a Cochabamba, para recabar una credencial como Corresponsal de Guerra del periódico en que trabajaba. Esta me fue concedida, y seguidamente me dirigí a la ciudad de La Paz, para visarla en el Estado Mayor del Ejército.

Era empleado del Ministerio de Salud Pública y cobraba mi salario de médico en Vallegrande, donde tenía un amigo ajeno a la mentalidad de las Fuerzas Armadas. Como tenía interés de encontrar al Che y hacerle un reportaje, un día le solicité que me diese la información que me permitiese encontrarlo. Al principio, estuvo reticente; pero luego, accedió. No solo me dio lo que le había solicitado, sino que además me proporcionó información y documentos confidenciales (radiogramas, partes, órdenes militares, etc.), los cuales me ha hecho llegar incluso después de la guerra. De esa forma tengo en mi poder más de 200 documentos confidenciales rotulados como “Secreto”.

Tres fueron los contactos más importantes que me concedió mi informante. Menciono solo dos de ellos:

El día 7 de julio, me llamó por teléfono y me dijo:

—El abuelo ha estado anoche en Samaipata.

En nuestro código, el abuelo era el Che. Tomé mi moto y fui de inmediato a Samaipata. Descubrí la casa de la Sra. Julia Suárez, donde el Che había esperado a la tropa de comando, en el villorio de Las Cuevas. Allí contraté un guía. Dejé mi moto y con el guía nos fuimos tras de la tropa del Che, en dos mulas. Nos dirigimos hacia el noreste, por un camino de herradura que partía de Las Cuevas. Deambulamos cerca a diez días por la selva. El guía era experimentado, conseguía rastrear bien y descubrir por donde iban los guerrilleros.

Un día de esos tuve la certeza de que los encontraríamos, pues en un momento dado el hombre se detuvo y me dijo:

—Mire esto.

—¿Qué...?

—Observe el sentido de los machetazos en la selva abriendo senda. Nosotros —es decir los campesinos bolivianos— cortamos de arriba abajo y esto está cortado de abajo arriba. Solo puede ser un extranjero.

Yo estaba muy animado. Seguimos esas señas, que concluyeron en un río. Atravesamos el mismo, pero no encontramos nuevas huellas en ningún lugar. Volví desconsolado, con los pies llenos de ampollas y el trasero destrozado.

El último contacto que dio mi informante fue el más importante para mí. El lunes 9 de octubre, me llamó por teléfono y me dijo:

—El abuelo llega hoy día a Vallegrande.

Debían ser las 9 ó 10 de la mañana. Una vez más, preparé mi máquina fotográfica, subí a mi motocicleta. Partí hacia Vallegrande y llegué a las cuatro de la tarde.

Este día, tuve el triste privilegio de ser uno de los pocos testigos oculares de la llegada del cadáver del Che a los pies de un helicóptero. Los médicos de planta del Hospital Nuestro Señor de Malta, Moisés Caso y Abraham Baptista, ayudados por enfermeras y soldados, desnudaron el cuerpo del Che, del abdomen para arriba, con el fin de facilitar la formolización y la tomada de impresiones digitales. Observé, entonces, la facilidad con que era manipulado el cadáver y sospeché de la posibilidad de que no había muerto 24 horas antes, en combate, vale decir, el día domingo 8 de octubre, como había afirmado el Ejército en un comunicado oficial, el día 9.

Al día siguiente, martes 10, cuando llegaron aproximadamente 40 periodistas en un DC3 alrededor de las 11 de la mañana, después de tomarles unas fotografías en el aeropuerto, me adelanto a ellos en mi motocicleta. Pretendía ingresar cuanto antes a ese odeón conspiratorio, donde había sido preparado un espectáculo circense en la lavandería de Vallegrande, cuyo actor principal iba a ser el cadáver del Che. La idea era mostrarlo como un hombre vencido y muerto en combate. Resolví entonces colocarme entre el cuerpo del Che y la pared, en el eje medial de este “teatro al aire libre”, frente a todos los espectadores, frente a los 40 periodistas que acababan de aterrizar en Vallegrande.

Fueron tomadas centenares de fotografías. Ningún profesional quería perder una sola foto de aquel momento histórico. Los militares comenzaron a narrar los hechos:

—Ayer llegó en un helicóptero...

—Recibió diversas herida de bala...

Un periodista preguntó:

—¿Cómo murió y cuál es la causa de muerte? ¿Alguien sabe?

Coloqué mi dedo indicador a pocos centímetros de la herida de bala fatal, y dije:

—Este orificio corresponde a la penetración de la bala que lo mató. El disparo fue hecho a quemarropa. El Che no murió en combate. Fue ejecutado.

La tarde de ese día viajé a Cochabamba en el mismo avión que trajo a periodistas de todo el mundo. Preparé mi artículo en la redacción de *Prensa Libre* y el Director rehusó a publicar mi denuncia de que el Che había sido rematado a quemarropa. Insistí una y otra vez para publicar y finalmente me dijo:

—Reginaldo, ¿sabes que va a suceder mañana si publicamos tu denuncia?

—No —respondí.

—Ocurrirán dos cosas: cerrarán mi periódico y a ti te detendrán o te harán desaparecer.

Regresé al día siguiente a Vallegrande dispuesto a profundizar mis investigaciones. El jueves 12 ingresé de forma subrepticia al Hospital Nuestro Señor de Malta gracias a mi condición de médico, pues estaba prohibido el ingreso de periodistas. Allí, entrevisté a cuatro soldados que participaron del Combate del Churo y el asesinato del Che. Luego, con inmensas dificultades y gracias a los documentos que llevé —los cuales acreditaban que debía vacunar toda la provincia de Vallegrande—, me interné en la zona de guerra. Deambulé por La Higuera y alrededores durante 10 días, lugares estos que conocía, ya los había visitado vacunando pobladores de los diferentes cantones del Departamento de Santa Cruz de la Sierra, pues, reitero, era médico del Ministerio de Salud Pública. Recogí testimonios de soslayo —pues no podía delatar mi condición de periodista— y comprobé el asesinato del Che. Retorné entonces a Cochabamba dispuesto a publicar lo que había descubierto ya sea en *Prensa Libre* u otro periódico. Cuando llegué a mi casa, mi madre me contó que el Ejército estaba tras mío y me pedía llorando como jamás la había visto que me callase y desapareciese.

Debo decir, con la indulgencia del lector, que no tuve los cojones bien puestos. Resolví hacer caso a los consejos de mi madre. Así, enyesé mi lengua y coloqué una tela emplástica a mi boca. Huí al Brasil donde vivo hasta hoy en día, sepulté mi pluma y mis descubrimientos en el panteón del archivo.



El autor denuncia frente a los periodistas que el Che no murió en combate sino que ha sido ejecutado.

Hasta la década del 80 prácticamente no hice nada, a no ser leer, releer y ordenar todas las publicaciones de prensa y de libros que me enviaba mi familia desde Cochabamba. Pero, a partir del momento en que tomó el poder el Dr. Hernán Siles Suazo y volvió la democracia a Bolivia, comencé a realizar viajes y más viajes al país, de norte a sur y de este a oeste, en busca de los protagonistas de la Guerra y sus testigos oculares. Ni qué decir de que regresé a La Higuera y a Vallegrande más de una decena de veces, y en dos ocasiones a Nancahuazú. Esto, claro, parte de los cuatro viajes que he realizado a la Argentina y a Cuba.

¿Por qué demoré cuatro décadas para publicar este libro? Porque durante todo este tiempo he estado haciendo acopio de información, cruzando datos, revisando bibliografía, entrevistando personas, buscando los testigos y validando sus testimonios... Y además, porque más que periodista y/o escritor, soy médico y esta profesión es la que ocupa la mayor parte de mis días.

He de decir que todo lo que afirmo en esta obra es fruto de una prueba documental, fotográfica, de lo dicho por gente cercana a los hechos a la que he entrevistado y de los casi 50 testimonios recibidos. Debo precisar además que esto último radicó el principal problema que he enfrentado todos estos años de meditación y escritura: los testigos vivos de la historia tienen su propia óptica, esconden y/o narran lo que les interesa. Es decir, no siempre lo que cuentan corresponde a la verdad. Entonces, ¿qué hacer? Solo me quedó poner en práctica el clásico axioma de judicatura: *Testis unus, testis nullus*, vale decir, “testimonio único, testimonio nulo”. He buscado siempre que ha sido posible una segunda declaración que coincida con la primera para publicar algo. Cuando el testimonio de un entrevistado no ha sido confirmado por nadie o por ningún documento, he omitido las declaraciones.

John Toland, ganador del premio Pulitzer y autor del libro *Dioses de la Guerra* escribe: “Aun cuando la historia sea investigada con el máximo de cuidado solo consigue ser una aproximación de la verdad”. Sin embargo, como me considero intelectualmente honesto, considero fundamental destacar que todo lo que está publicado en esta obra se basa en hechos reales descubiertos por mí o por otros periodistas y/o escritores.

En este libro no existe improvisación. Como dije antes, he revisado, confirmado y cruzado todas las informaciones de todos los hechos que escribo. Y todo esto lo he hecho con sinceridad, porque creo que los libros son eternos.

“Un revolucionario que escribe historia debe ajustarse a la verdad como un dedo a un guante; tú lo hiciste pero el guante es de boxeo y así no vale”*. Esta es la frase del Che que intento honrar al

*Respuesta que le dio el Che a Pablo Díaz, expedicionario del yate Granma. Él escribió un artículo el año 1960 sobre su participación en la lucha revolucionaria. Se lo envió al Che para que le diera su opinión. En una carta a Pablo, el Che le hace ese señalamiento.

máximo y si en algún momento no cumplo en un 100% es por error involuntario.

Sé que esta obra no es la primera ni la última en explorar el universo Che Guevara, pero expongo al lector un enfoque periodístico sobre el tema, presentando hechos concretos y reales. Este es un trabajo más de periodismo investigativo que literario, y es gran parte también de mi vida, todo lo cual pongo a disposición del lector.

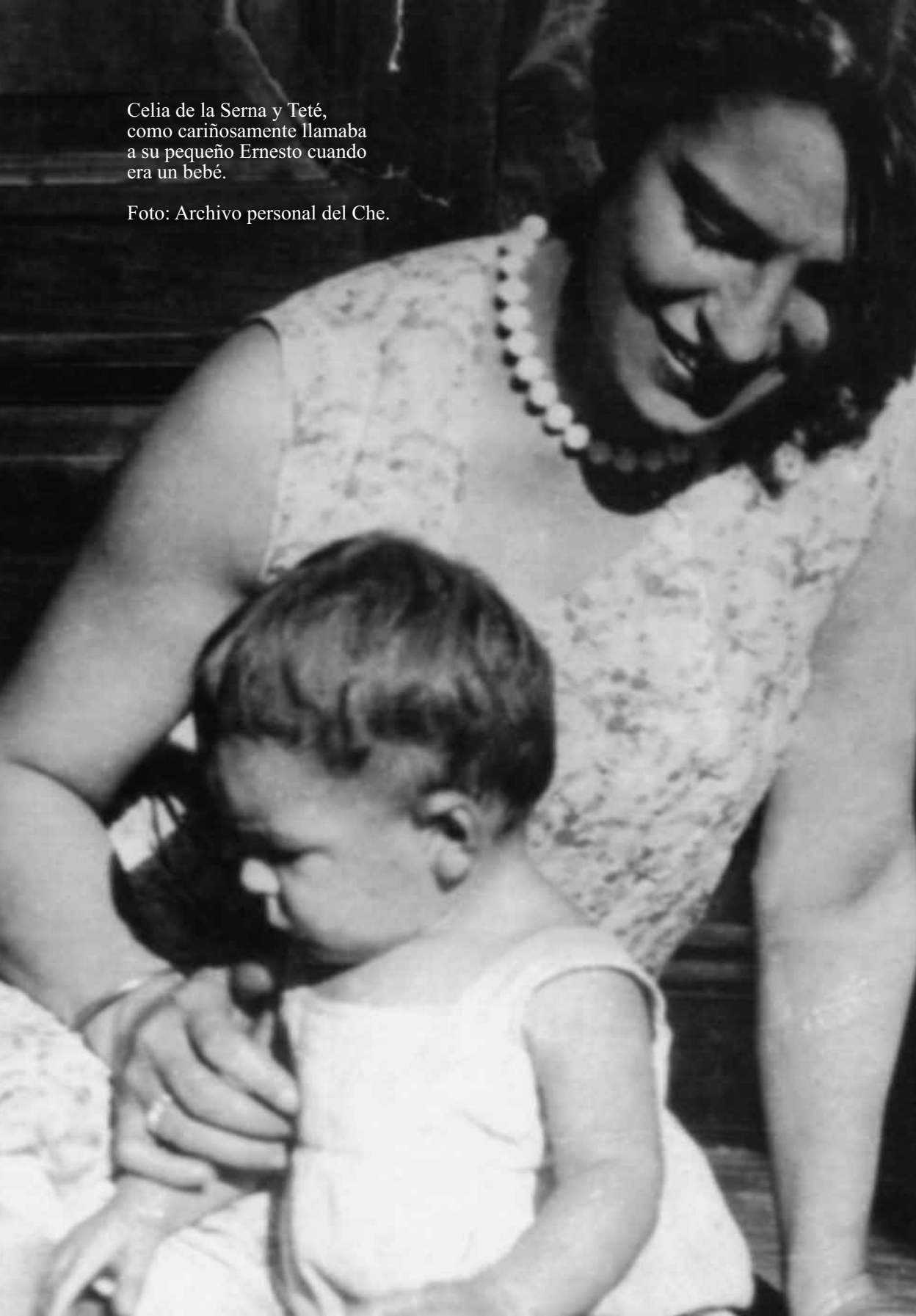
Reginaldo Ustariz Arze

DE ERNESTO AL CHE



Celia de la Serna y Teté,
como cariñosamente llamaba
a su pequeño Ernesto cuando
era un bebé.

Foto: Archivo personal del Che.





Ernesto Guevara de la Serna no nació en junio de 1928 como se cree. En realidad vino a este mundo poco más de un mes antes, el 14 de mayo de 1928. Lo que ocurrió fue que su madre, Celia de la Serna, se casó con Ernesto Guevara Lynch estando embarazada de 30 días. En consecuencia, dado el conservadurismo reinante en la época en Buenos Aires, ambos, de mutuo acuerdo, resolvieron abandonar la ciudad. Se refugiaron primero en las riveras del río Paraná y luego en Rosario, donde nació el primogénito de los cinco hijos, lejos de sus familiares y amigos.

8 AÑOS

La Guerra Civil Española jugó un papel importante en la infancia de Ernesto.

El autor le pregunta a Carlos “Calica” Ferrer:

—¿Cuál era la relación que tenía el Che con los exiliados republicanos?

—Había una familia de exiliados que se hizo amiga de todos nosotros, la del doctor Juan Gonzales Aguilar, un médico que había tenido un cargo importante en el Ministerio de Sanidad de la República.

—¿Cómo estaba compuesta esa familia?

—Vino con sus hijos Paco, Juan y Pepe, que se hicieron amigos nuestros...

—¿Comentaban con ellos sobre la Guerra Civil Española?

—¡Sí! Nos relataban permanentemente anécdotas y hechos de aquella Guerra que nosotros escuchábamos fascinados.

—¿Qué edad tenía Ernesto y cómo participaba o aplicaba lo que se comentaba sobre la guerra?

—Ernesto tenía nueve o diez años, pero estaba deslumbrado con los cuentos de esa guerra tan lejana y tan cercana a la vez. Había conseguido un mapa de España con las noticias que obtenía a través de la radio o de los exiliados, iba marcando con banderitas los avances de los republicanos.

—Se comenta que a esa edad jugaban ustedes simulando ser republicanos y franquistas. ¿Qué me puede decir al respecto?

—Ernesto sentía desde chico la pasión militar. No en el sentido del orden y la obediencia, pero sí en lo estratégico y en la capacidad de mando. A él se le ocurrió un juego, que se convirtió en uno de nuestros favoritos. Consistía en armar trincheras con tierra, piedras o lo que consiguiéramos y jugar a la guerra. Armábamos dos bandos y nos tirábamos con “municiones”, que eran los frutos de un árbol muy abundante en la zona, unas bolas duras rellenas con un líquido lechoso.

Hay otro relato similar perteneciente al escritor Horacio López Das Eiras, pariente de la familia Guevara quien narra en su libro *Ernestito Guevara antes de ser el Che. Sus años en Alta Gracia, Córdoba y Buenos Aires*:

Un pariente cercano de la familia, el periodista Cayetano Córdoba Iturburu, esposo de Carmen de la Serna, es enviado a la Guerra Civil de España como corresponsal del diario *Crítica*. En consecuencia, Carmen, la hermana de mayor confianza de la madre de Ernestito, debe buscar una familia para no quedarse sola con sus pequeños hijos, Fernando y Carmencita.

Al inicio del conflicto, Ernestito tiene ocho años y once años cuando llega a su fin. En los tres años de contienda es testigo de encendidas conversaciones sobre política internacional, temas que generalmente hacen levantar a los más chicos de sus lugares.

La simpatía de los Guevara por la causa republicana no solo se manifiesta con sermones caseros, bautizando Negrita a la mascota de la casa —en honor al general republicano Juan Negrín— o con la hospitalidad brindada a los exiliados. Su apoyo también se manifiesta en la recolección de fondos y víveres para los refugiados. Su padre, Ernesto Guevara Lynch, es uno de los impulsores de un pequeño comité de ayuda.

Ernestito querrá seguir conociendo más sobre aquel terrible conflicto. Entre otros libros, leerá *España bajo el comando del pueblo*, escrito por su tío Córdoba Iturburu. (López Das Eiras, 61)

Su madre jugó también un papel importante en la gestación del futuro Che como bien recuerda Calica Ferrer:

Ernesto Padre, quizás aprovechando mi presencia, que le podía proporcionar un circunstancial aliado, le dijo un día a Celia:

—Fíjate, vos, las cosas que hace este chiquilín inconsciente. No sabemos dónde está, qué hace. Esto es porque vos lo criaste así.

—¿Y cómo querías que lo criara? ¿Entre algodones? Cuidado, no salgas, no hagas esto, no hagas aquello... No... Yo decidí que hiciera una vida como cualquier chico.

Los amigos que el muchacho lleva todos los días a comer o a dormir son hijos de mineros, de obreros o de empleados de hotel, todos hambrientos y harapientos son recibidos con los brazos abiertos.

Todos estos chicos ya saben que en Villa Nydia reciben un trato a cuerpo de rey. En la casa de los Guevara siempre hay lugar para jugar o sentarse a la mesa. Si un invitado llega acompañado de un amigo nuevo, este resulta bienvenido.

—Nos juntábamos como diez chicos —gráfica Juanchilo—, y cerca de las cinco de la tarde la madre los llamaba para tomar la leche.

—Vayan, vayan que los están llamando —les decíamos.

—¡No, no! —decía el Ernesto—. ¡Vamos todos!

Si éramos diez, íbamos los diez. Para esa familia no interesaba si eras pobre, si eras rico, negro o blanco (López Das Eiras, 63).

Calica Ferrer confirma en su libro *De Ernesto al Che* la intensa relación que mantenía toda la familia Guevara con los pobres. Leamos su relato:

Ernesto era igual que el resto de su familia, así como se codeaba con lo más pituco de Alta Gracia, también tenía cantidad de amigos semi-analfabetos, de familias muy humildes, los caddies de la cancha de golf del Hotel Sierras, los hijos de los caseros que cuidaban las casas deshabitadas durante el año. Con ellos hacíamos excursiones a las sierras.

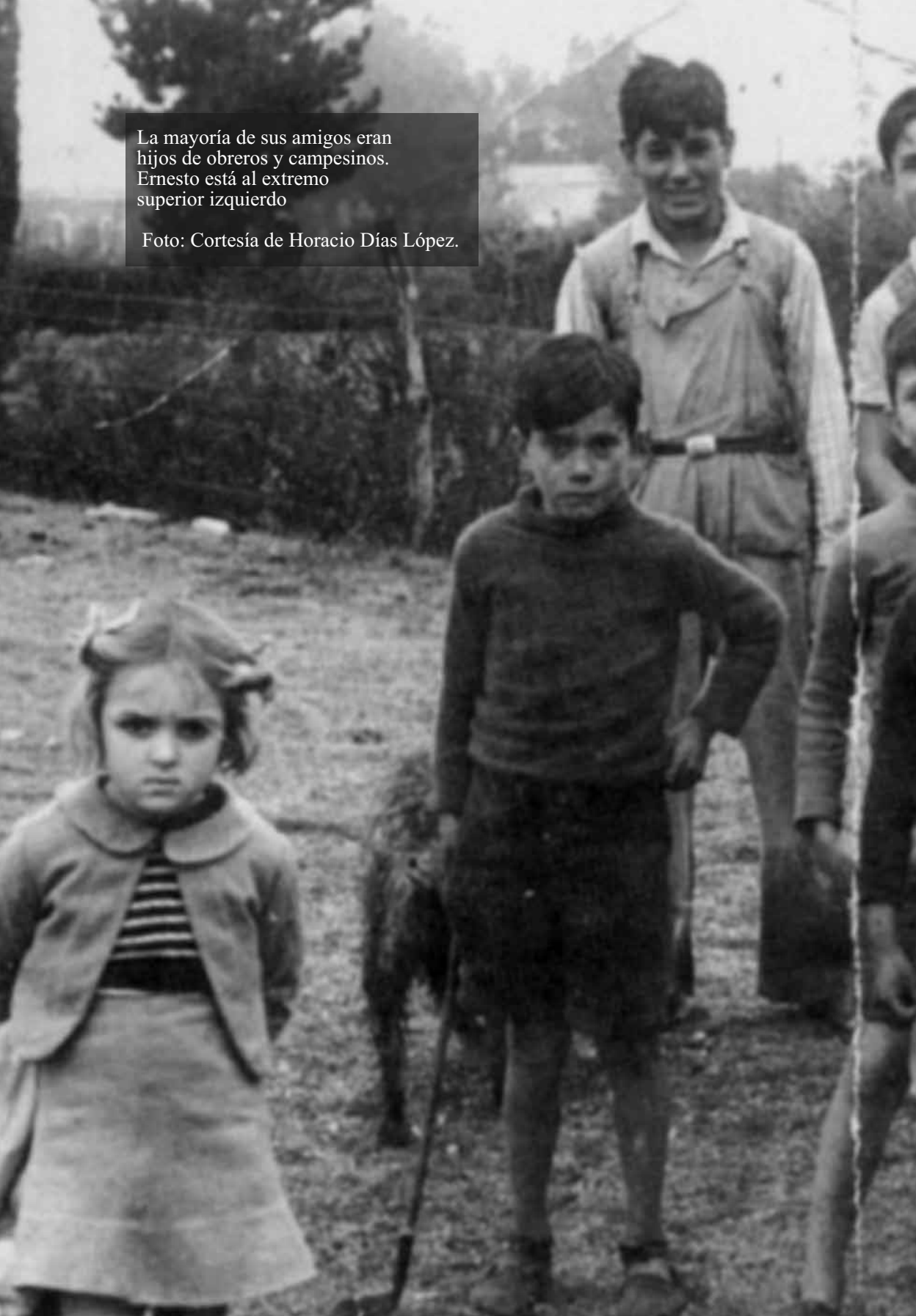
11 AÑOS

A esta temprana edad empieza a revelar sus inquietudes ante la injusticia y la conciencia de usar la fuerza para defender sus derechos.

Un ejemplo de ello es lo que ocurre en 1939, mientras una terrible guerra comienza al otro lado del océano. Con su hermano Roberto pide autorización a su padre para participar en la vendimia en la hacienda de un latifundiaro para ganar unos pesos. En ese mes de febrero la escuela está cerrada por las vacaciones de verano. La madre ya ha dado su consentimiento así que Ernesto padre (quien dijo en una ocasión: “Siempre pensé que la mejor manera de educar a los hijos era darles la oportunidad de convertirse en hombres”) accede también.

La mayoría de sus amigos eran hijos de obreros y campesinos. Ernesto está al extremo superior izquierdo

Foto: Cortesía de Horacio Días López.





Contra todo lo previsto, los dos pequeños vendimiadores regresan al cabo de cuatro días. Ernestito, preso de una crisis asmática, le dice a su padre a propósito del hacendado:

—¡Es un gaucho de mierda! Cuando sentí venir el asma le dije que no podía seguir trabajando y le pedí que nos pagara lo que nos debía, pues debíamos regresar. Solo nos dio la mitad. Es escandaloso portarse así, y según parece no es la primera vez. Vendrás con nosotros a romperle la cara.

15 AÑOS

En 1943, Ernesto ya ha leído libros sobre Historia y Economía. A revisado a autores como Marx y Lenin. En ese entonces su amigo Alberto Granado cae preso, junto a otros compañeros suyos que participan en manifestaciones de protesta, contra la intromisión y ocupación de los edificios de la Universidad por la policía. Ernesto y el hermano de Alberto, Tomás Granado, van a visitarlo a la cárcel y reciben un pedido del prisionero: salir a las calles, junto a otros estudiantes, para exigir su inmediata libertad y la de los compañeros detenidos junto con él. Veamos cómo recuerda aquel momento el propio Alberto Granado su libro *Con el Che por Sudamérica*:

Debo reconocer que me sorprendió la réplica del Che a mi pedido:

—¡Qué va, Mial! ¿Salir a las calles para que simplemente la policía nos golpee a palos y reviente nuestras cabezas? No, mi querido amigo. Yo saldré solamente si me dan un “Bufoso” (pistola grande).

Me quedé helado. Aún me parece verlo mientras se iba mirándome por encima del hombro, como diciendo no seas pelotudo, yo no voy a perder el tiempo en una cosa así. (Granado, 56)

Es en este momento cuando Ernesto comienza a descubrir que derribar un sistema solo puede ser posible mediante el uso de la fuerza.

La Segunda Guerra Mundial comienza cuando él tenía once años, y desde un principio acompaña los acontecimientos con marcado interés. Durante el conflicto colgó un mapa de Europa en su cuarto y señalaba con alfileres de colores el nuevo laberinto militar europeo. Como lo hizo en el la Guerra Civil Española. Él se devoraba una revista que coleccionaban en su casa llamada *Francia Libre* —evoca Humberto Palacio— que traía fotografías y crónicas de la guerra (López Das Eiras, 81).

Su padre se inscribe en una institución antifascista, Acción Argentina, y el hijo le sigue los pasos; se inscribe en la Juventud de Acción Argentina (Guevara Lynch, *Mi hijo el Che*, 269), una entidad que se preparaba para actuar ante un eventual triunfo de Hitler.

Durante la Segunda Guerra Mundial, así como de nuevo sigue en un mapa el conflicto mundial, vuelve a jugar con sus amigos simulando batallas.

Un amigo de infancia de Ernesto, Enrique Martín, le narra a Horacio López Das Eiras:

Después de ver en el cine imágenes de la guerra, cavamos dos trincheras para jugar a las guerritas. Delante de cada una colocamos dos montículos de tierra y tapamos las zanjas con puertas de alambre tejido. Parecían refugios antiaéreos de verdad. Después nos dividimos en dos bandos, y con unas frutas macizas que le decíamos toronjas, empezamos a bombardearnos. De un lado se ponían el Ernesto, el Tiki Vidosa y Roberto. En el otro, el Ariel, mi hermano Leonardo y el Negrito Palacio, y los más chicos los abastecíamos de municiones. Una de las guerritas duró hasta que un toronjazo le pegó en un ojo al Ernesto, que estaba asomado. Nosotros nos moríamos de la risa, pero después el ojo se le puso morado. (López Das Eiras, 83)

16 AÑOS

En septiembre de 1944 su franca inclinación antifascista se manifiesta aún más. Cuando las fuerzas aliadas liberaron París, bajo el comando de Charles de Gaulle, Ernesto, con 16 años, se unió a la multitud que conmemoraba este suceso en la Plaza San Martín de Córdoba acompañado de varios de sus condiscípulos del colegio Dean Funes. Llevaban los bolsillos llenos de bolitas de vidrio, listas para ser arrojadas sobre los cascos de los caballos de la policía montada, llamada para mantener el orden.

Paralelamente a esta conciencia revolucionaria que va germinando en él, se denota en su carácter un aprecio y defensa por las clases desposeídas. Escoge por amigos en Córdoba, tal como lo hacía en Alta Gracia, a los más desfavorecidos. Es así como hizo un amigo, Fascio Rigatusso, que vendía dulces en la puerta del cine Ópera, a donde fue una noche con su enamorada, elegantemente vestida y, cuando vio a Rigatusso dejó a su chica sola y se puso a conversar con él.

Ernesto estaba desarrollando una personalidad social que dejaría un recuerdo duradero entre sus amigos de Córdoba. Su actitud displicente, su desprecio por las formalidades, su combatividad intelectual, tenían ahora trazos visibles que caracterizaban su modo de ser. Estos se acentuarían durante los años siguientes.

17 AÑOS

Su padre comenta el mes de enero de 1945, cuatro meses antes del fin de la Segunda Guerra Mundial:

Él se sentía orgulloso de pertenecer a la Juventud Acción Argentina. Una tarde debíamos viajar a la ciudad de Córdoba, allí tendría lugar un gran mitin y hablarían al pueblo los máximos dirigentes de esta institución, estarían representadas todas las filiales de la provincia. Ernesto no quería perderse el acto en que yo hablara. Me dio pena dejarlo en la casa (...) nos fuimos todos a la ciudad de Córdoba. Ernesto se sentía feliz. Iba a cumplir su obligación con la Acción Argentina y, además, iba a poder oír a su padre hablar en público. (I. Lavretski, *Che Guevara*, 36)

Prosigue ahora, refiriéndose a la fabricación de bombas:

En nuestra casa se fabricaban bombas para defendernos de la policía en las manifestaciones antiperonistas. Todo esto se hacía a vista de Teté, quien una vez, inquieto, me dijo: “Papá, o me permites ayudarte o comienzo a actuar independientemente e ingreso en otro grupo armado”. (I. Lavretski, *Che Guevara*, 36)

21 AÑOS

En 1949, cuando Ernesto está estudiando Medicina, amplía su noción de gran patria a toda América Latina, que es calificada por él como “América Mayúscula”.

En Buenos Aires revela sus cualidades de hombre capaz de todas las audacias y de todas las impertinencias. Es adorado y respetado por sus compañeros debido a una particular aureola que atribuyen a su inteligencia, a su cultura claramente superior, a la seguridad de sus juicios y pensamientos, y al aplomo con que defendía sus ideas cuando hacía uso de la palabra.

Mientras realiza sus estudios de Medicina conoce a Tita Infante, con quien comienza una amistad que duraría hasta el fin de los días del Che, pues mantiene con ella una correspondencia permanente. Tita era miembro del Partido Comunista Argentino. El Che se aproxima al grupo, pero luego se separa debido a que descubre que todos los partidos comunistas de la América son especialistas en hacer grandes manifestaciones, sin embargo, cuando están al borde de la lucha armada, no empuñan el fusil. En cualquier caso, lee con ella y estudian juntos libros de Marx, Engels y Lenin.

22 AÑOS

Desde su niñez Ernesto soñó con viajar. Le apasionaba conocer la realidad circundante, pero sobre todo hacerlo, no a través de libros o tratados enciclopédicos, sino por medio de un contacto directo. Se interesaba por la forma de vivir de sus compatriotas tanto de la capital

como de las lejanas provincias. Le preocupaba saber cómo vivían los obreros, los indios; en definitiva, cómo era en realidad su patria. Quería ver con sus propios ojos sus ilimitadas estepas, las pampas, sus montañas, sus calurosas regiones norteañas, dónde se cultivaban las extensas plantaciones de algodón y de té paraguayano (el mate).

Es en 1950 cuando realiza su primer viaje, lo hace en una bicicleta a la que acopla un motorcito pequeño, convirtiendo así su vehículo en un “ciclomotor”. Recorre 5 mil kilómetros en poco más de dos semanas, entrando en contacto directo con la naturaleza y con la gente pobre. Piensa que mediante un viaje sería posible encontrar la respuesta correcta a los interrogantes que le atormentan cada día más: cómo cambiar la vida de los pueblos del Continente hacia un futuro mejor, cómo erradicar su miseria y sus enfermedades, cómo liberarlos de la opresión de los terratenientes, de los capitalistas y de los monopolios extranjeros.

Así, cuando llega en su bicicleta a Salta, donde visita museos y áreas de interés histórico, un eventual amigo, admirado por el viaje tan largo, le pregunta: “¿Qué ves?”

Leamos lo que él mismo responde, en su primer diario:

Una pregunta que queda sin contestación, porque para eso fue formulada, y porque no hay nada que contestar, porque la verdad es que, ¿qué veo yo?; por lo menos no me nutro con las mismas formas que los turistas, y me extraña ver en los mapas de propaganda, de Jujuy por ejemplo: el Altar de la patria, la catedral donde se dibujó la enseña patria, la hoya del púlpito y la milagrosa Virgencita de Río Blanco y Pompeya, la casa en que fue muerto Lavalle, el Cabildo de la revolución, el Museo de la provincia, etc. No se conoce así un pueblo, una forma y una interpretación de la vida, aquello es la lujosa cubierta, pero su alma está reflejada en los enfermos de los hospitales, los asilados en la comisaría o el peatón ansioso con quien se intima, mientras el Río Grande —se refiere al Río Bravo— muestra su crecido cauce turbulento por debajo.

El análisis de este párrafo revela que viaja para empaparse de los problemas que afligen a la sociedad y sacar él mismo sus conclusiones. Cuando dice: “Muestra su crecido cauce turbulento por debajo”, compara el norte del Río Bravo con un país próspero y rico como Estados Unidos, y el sur con todo un Continente sumergido dentro del hambre y la miseria, a partir de México hasta la Patagonia.

Ya en esta época, cada vez que se alejaba acostumbraba a escribirles largas cartas a sus padres, enfocando no solo temas familiares y sentimentales, sino también temas políticos y sociales. Su padre recuerda:

En sus cartas iba haciendo un análisis económico, político y social de todos los países que atravesaba, y en ellas también iba poniendo sus reflexiones, que cada vez nos indicaban su creciente tendencia hacia el comunismo.

Cuando Ernesto concluyó su viaje en bicicleta, envió una carta al fabricante de motores marca *Micron*, comunicando el buen comportamiento de esa pequeña máquina. Esta carta fue publicada por la revista *El Gráfico* de Buenos Aires, en el año 1952, en la cual Ernesto firmó como “Ernesto Guevara Serna”. Eliminó el “de la” de su firma para desaristocratizar así su apellido pues comienza a sentirse parte de la clase proletaria. A partir de esta fecha, y por el resto de su vida, en todas sus cartas, firmó de la misma manera.

24 AÑOS

El 4 de enero de 1952 Ernesto partió en una motocicleta con Alberto Granado hacia América del Sur.

Recorrió caminos y más caminos deteniéndose para conocer de cerca la pobreza que se vivía en los diferentes lugares que visitaba e investigando las causas de esa miseria.

A los pocos días después de iniciado el viaje se detuvieron en Miramar por ocho días, porque Ernesto quería pasar un tiempo con su enamorada Chichina Ferreira que vivía allí y a quien había conocido dos años antes.

Durante uno de esos días, cuando estaban reunidos con un grupo de amigos de Chichina, comenzó una discusión sobre temas políticos y sociales. Se habló de la socialización de la medicina llevada a cabo aquel tiempo por el gobierno laborista en Inglaterra.

Ernesto llevó la conversación hacia el tema de la “igualdad” y señaló a cuatro sirvientes de piel cobriza y curtida que estaban vendiendo comestibles, ropas de baño, etc., y exclamó:

—¿A ustedes no les molesta que ellos les sirvan, que vayan detrás recogiendo lo que dejan tirado? ¡Sin embargo, son seres humanos como ustedes, a los que también les gusta bañarse en el mar, sentir la caricia del sol!

Ernesto se tornó más vehemente. Y durante casi una hora defendió con fuerza la socialización de la medicina, su abolición como un comercio, la desigualdad en la distribución de médicos entre la ciudad y el campo, el abandono científico en el que son dejados los médicos en el área rural, los cuales casi siempre caen en la comercialización... Esbozó estos temas y otros más.

Los jóvenes envueltos en la conversación tuvieron que escuchar a Ernesto, y fueron avasallados por sus argumentos.

En realidad, en poco tiempo, Ernesto se convirtió en una persona francamente hostil para el grupo de amigos de Chichina, y ellos por lo bajo lo bautizaron como el *Pitencatropus Erectus*.

El octavo día, al despedirse, ella le dio 15 dólares para que en Estados Unidos le comprase una malla de baño.

Ernesto montado en su
bicicleta motorizada.
Por aquel tiempo
sus amigos lo apodaban “Pelón”,
por el cabello
extremadamente corto
que llevaba.

Foto: Archivo personal del Che





Ernesto con Chichina, su novia de entonces.
Foto: Archivo personal del Che.

Ya en Chile, Alberto y Ernesto se detuvieron en Chuquicamata, desde el 13 hasta el 16 de marzo de 1952. Aquí él ya estaba a pocos meses de convertirse en el Che.

En esta población visitaron las minas de cobre mientras el guía les iba comentando cómo lograban controlar a los mineros y sus demandas:

—Cuando hay una reunión importante, otros adjuntos del administrador y yo invitamos a la mayor cantidad posible de mineros al burdel. Así no se alcanza el quórum requerido para que las mociones votadas en las reuniones tengan efecto.

Hizo una pausa y prosiguió ligeramente fastidiado:

—Y hay que decir que sus demandas son exageradas. No se dan cuenta de que una sola jornada de huelga significa un millón de dólares perdidos por día para la compañía.

—¿Y qué piden, por ejemplo? —preguntó Ernesto.

—¡Oh! ¡Hasta cien pesos de aumento!

Cien pesos equivalían a un dólar.

Ernesto, indignado por esto, le susurró a Alberto:

—¡Gringos estúpidos! Pierden millares de pesos por día de huelga, tan solo para no dar unos centavos extras a cada obrero.

A medida que pasa el tiempo y Ernesto evoluciona cada vez más en su enfoque político, en su defensa del proletariado.

Debido a su forma de ser, Alberto bautiza a su amigo con el apelativo “Fuser” (Furibundo Serna).

Luego de la visita a las minas fueron a las barracas donde se alojan amontonadas las familias. Al ver esto, Ernesto se queda meditando. “Previendo que de aquí saldrán millones de dólares, que en el momento actual ya se tratan noventa mil toneladas del mineral por día, se comprende que la explotación del hombre por el hombre no está próxima a cesar”.

El periodista chileno Ocampo, en su obra sobre el cobre chileno, escribió que la productividad era tal que la inversión inicial de las mineras se recuperaba en cuarenta días de trabajo. Al leerlo, Ernesto lo encontró excesivo y no quiso creerlo hasta que en ese momento comprueba que es verdad.

En un momento dado de la visita a la mina, los dos viajeros se detienen ante vasto cementerio poblado por un bosque de cruces.

—¿Cuántos son? —pregunta Ernesto.

—No lo sé. Tal vez diez mil —responde el otro distraídamente.

—¿Puede ser? —Ernesto insiste.

—No llevamos la cuenta exacta.

—Y a las viudas y huérfanos, ¿qué se les da?

El hombre encoge los hombros.

Chuquicamata, palabra indígena que significa “la montaña roja”, quedó grabada para siempre en la mente del futuro Che.

Durante el viaje en motocicleta, ante la penuria económica que atraviesan, Alberto le pide más de una vez a Ernesto que utilicen los 15 dólares, arguyendo que podrán ganar ese dinero y reponerlo. Toda vez que Alberto le hace este pedido, la respuesta es la misma: “No moveré de ese dinero ni un centavo”. Así, más de una vez pasan hambre e incomodidades, durmiendo al aire libre; porque Ernesto considera sagrados esos 15 dólares y no los utiliza para nada.

Y fue así hasta que en Chuquicamata se encuentran con un matrimonio de obreros que busca trabajo en las minas. Aquel día, cuando llega la noche, los dos argentinos y el matrimonio de obreros durmen al aire libre. Ernesto nota que no tenían una frazada para taparse, entonces se despoja de la suya y la cede al matrimonio. Tiempo después comentó: “Fue la noche más fría que pasé en la vida”.

Más adelante, al seguir pasando penurias, Alberto vuelve a insistir:

—Ernesto, dame esos 15 dólares. Nos alcanzará para comer varios días.

—Ya no tengo ese dinero.

—¿Cómo que no lo tienes? ¿Qué has hecho con esa plata!

—¿Recuerdas a aquel matrimonio de obreros que encontramos en Chuquicamata?

—Sí, me acuerdo.

—Se los di a ellos.

El 6 de junio de 1952, después de haber recorrido 10 233 kilómetros, llegan al Leprosario de San Pablo, situado en la rivera del río Amazonas, en el Perú. Aquí reciben el cariño y el reconocimiento de los enfermos con el mal de Hansen y de todo el cuerpo médico y paramédico del dispensario. El 14 de junio, día del aniversario de Ernesto, médicos, enfermeros y enfermos deciden hacerle un homenaje. Una fiesta regada de pisco (bebida de origen peruano destilada de uva), comida abundante y música orquestal. Al final de la misma, le piden que haga uso de la palabra.

—Quiero recalcar algo más, un poco al margen del tema de este brindis: aunque lo exiguo de nuestras personalidades nos impide ser voceros de su causa, creemos, después de este viaje, que la división de América Latina en nacionalidades ilusorias e inciertas es completamente ficticia. Constituimos una única raza mestiza, que desde México

Una réplica de la motocicleta.
La fotografía es del autor la ha tomado
en el Museo del Che de Alta Gracia

